

Había sido un calavera Mariano Mendive: hijo único, rico, dueño absoluto de un cuantioso patrimonio, todo para él resultaba fácil de conseguir..., como no fuera meterse en el meollo de las distintas asignaturas, escalinata fatigosa que forzosamente han de ascender los que aspiran a alcanzar un galardón en las aulas universitarias.

Año tras año había merecido el tan temido "suspense". Al fin, su padre, don Ramón de Mendive, víctima consiguiente de las locuras de Mariano, optó por dejarle como incorregible, y, cortando por lo sano, se lo llevó al pueblo al que llamaban "Arenas del Río" donde vivía en serena calma atendiendo a sus magníficas posesiones.

Uno más en la avalancha del montón anónimo, vago de pueblo, visitante impertérrito de la botica y cebo deslumbrador de las muchachas casaderas; y ya Mariano no estaba para pintarlas mucho... El roce con el bajo mundo de Madrid, cima a la que ruedan las más de las veces incorruptibles, y, al parecer, impecables reputaciones, había dado a su semblante ese aire de placeres enervantes, y a su mirada la plúmbica y fatigada dejadez del hombre que ha corrido mucho...

Como sus hábitos de refinamiento eran siempre los mismos, de ahí que apareciese irresistible para las mozas del pueblo en aquella región de España, cuando, por ejemplo, se presentaba en el paseo o en la iglesia los días festivos en la misa mayor, vestido correctamente, como si fuera a "Las Calatravas" de Madrid, con impecable camisa, el bigote caballeresco retorcido a la borgoña, y el rostro reluciente por el massage y los afeites. Era para él todas las miradas, y todas las sonrisas, porque sabido es que las mujeres-más que los achaques y el aburrimiento; y entonces, vengan mimos, y a suavizarle al señor las mortales y aburridas horas, en las cuales no se consigue desmanecer su constante mal humor de calavera bastiado de placeres...

Pero en un pueblo tan falto de elementos masculinos como Arenas del Río, esto no constituía un defecto; pues ahí es nada, pescar a un señorito que se mudaba diariamente de camisa, que llevaba las botas siempre brillantes y un chaleco de impecable blancura, allí donde los mozos, en su mayoría aldeanos, sólo se acicalaban para concurrir a la plaza al baile dominguero.



Mariano Mendive sabía la superioridad que su título de hijo del amo del pueblo le daba sobre la gente joven, y esto era suficiente para que dejase caer su olímpica mirada de triunfador con desdeñoso gesto, sobre aquellos rudos mozaibetes buenos y honrados, pero toscos y curtidos a los besos del sol que diariamente los acariciaba en la lucha por la existencia; noble concepto éste que desconocía Mariano.

Ellos también le odiaban, y lo miraban desabridos y zahareños; sobre todo cuando, como entonces, estaban en la plena recolección del trigo, y Mariano se dejaba caer allí en las eras, más que para vigilar los intereses de su padre, para matar el tiempo, había que oír las cuchufletas que, en forma de coplas campesinas, hendían el aire buscando el blanco en él. Su elegante desaliño, sus zapatos de lona, el lazo medio sesecho de su flotante chalina, excitaban la risa de aquellos gañanes, hechos no más que a cargar sobre sus lomos las gavillas de trigo y los capachos de fruta.

Más, todo para Mendive era indiferente: sentía la nostalgia de la corte y su vida de estudiante, y las nuevas modalidades a que su padre se había propuesto imponerle reñían ruda batalla en él, triunfando siempre su pereza e idiosincracia. Por esto don Ramón se reconocía impotente para atajar un mal que tan hondas raíces había echado en aquel calaverón.

Además, de la muerte de su esposa, que le abandonó muy joven, -al nacer Mariano-, llevaba el fardo de la vida a cuestas con toda su secuela de lágrimas y dolores, y su organismo, de complexión delicada, se había debilitado tanto en los últimos años, que era por demás. Por otra parte, la conducta del hijo acrecentaba sus sufrimientos, y no era extraño prever un prematuro y funesto desenlace.

Sin enfermedad, iba perdiendo fuerzas. Era más bien la suya una arección moral. La pérdida de un ser amado con cariño idólatra; las barrabasadas de un único hijo, en el cual se hallaban cifradas sus más caras esperanzas en el porvenir; la carencia del calor de un hogar, todo se confabuló en contra suya para hacer presa en su organismo, preparado ya por leyes atávicas a sucumbir víctima de su debilidad. Una profunda caquexia se iba apoderando de él, y estensiblemente se le veía adelgazar y perder, fuerzas que no reponía.

En nada de esto se fijaba el desnaturalizado hijo.



Era la época culminante de la cosecha del trigo; las doradas panojas, ya vacías, se hacían en el suelo como los muertos en los campos de batalla, y los bueyes babeaban fogosos, abriendo sus grandes ojos, mientras en lo alto de las estibas iban los zagales, sentados como en rústicos tronos, moviéndose a compás de la blonda carga, mientras la brisa juguetona mecía la mies no cortada aún, quebrándose a sus besos su ondeante oleaje.

Mariano miraba con interés no exento de melancolía todo este conjunto pintoresco que respiraba vida, savia nueva, plétora de organismos sanos, y a veces, sus dudas trocábanse en admiración por aquellos hombres que se sentían felices al amor del trabajo, y que pensaban, como compensación suprema a sus fatigas, en el atardecer, cuando, entonando melancólicos cantares, guiarían la perezosa yunta, retornando al hogar que vislumbraban con los ojos del deseo, y en el cual los esperaba la madre, la esposa o la hermana, con el substancioso puchero, amarillo como el oro, que el rojo vino de los pellejos y el pan negruzco de centeno acompañaban en medio de la paz más hermosa y de la serenidad del alma.

A quién tenía él? Muerta su madre, a la que no conoció; su padre enfermo, malhumorado siempre, rosco con él a todas horas, con pesadumbre se interrogaba: no había hecho mal en haber desperdiciado los mejores años de su vida corriendo tras de quiméricos antojos, cuando tenía tan cerca de él los tesoros que le brindaba la Naturaleza?

Pero no: él no había nacido "para tan viles tareas". El campo, con su augusta solemnidad, le aburría. Él prefería apurar el vino dorado en las campanas de cristal, a gustar el zumo en la vid: le atraían más los árboles transplantados en los boulevares, que los robles de la sierra; al bloque de mármol de las canteras, prefería la estatua de curvas incitantes modelada por genial artífice; a la catarata natural que se despeña como gigante de la montaña, los diversos juegos de agua de las fuentes maravillosas. Para él, en fin, todo aquel mar de oro en que su vista se espaciaba, provocaba, con su monótono balanceo, el más profundo aburrimiento.

Ya no era posible cambiar de vida; como el gladiador abrazado a su escudo, así moriría él asido a su idea...